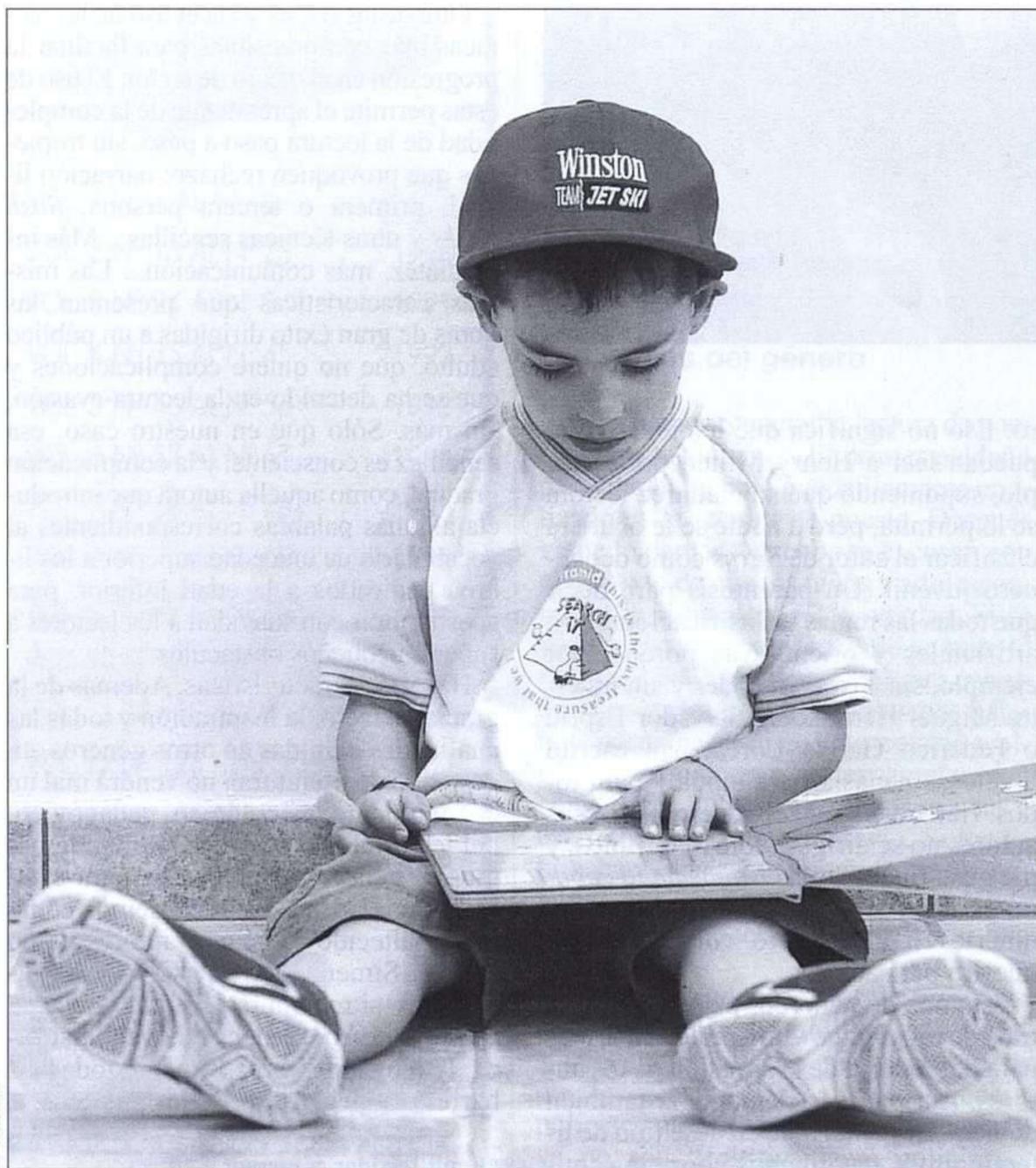


# Los supuestos valores de la crítica

**Víctor Moreno\***



ANA PEYRÍ.

*¿Es posible plantearse la crítica como formación del gusto lector?, se pregunta Víctor Moreno. Y su respuesta es que no. Sobre todo si hablamos de crítica de literatura infantil que, en su opinión, es peor que la de la literatura de adultos. No comprende la existencia de una crítica literaria hecha por adultos para niños, cuando éstos no son sus destinatarios. En cambio, propone que los niños hagan reseñas dirigidas a los escritores para hacerles saber lo que piensan de sus obras.*

«Estaba harto de leer reseñas y ensayos que no respondían a mis necesidades de lector. Ese género infame, ¿admitiría volverse “creador”? Empecé por hacerme una lista negativa, de las diecisiete o no sé cuántas cosas que me fastidiaban. ¿Sería posible escribir una reseña que no empezara por la palabra *yo*? ¿Sería posible no decir jamás: el mejor libro en su género en los últimos cuatro meses y medio? ¿Sería posible criticar limitándose a las cosas públicas y demostrarlas públicamente, sin conocer siquiera a las personas? ¿Me dejarían pasar críticas a personas con poder literario o político, en vez de las ordinarias valentías contra los poderes abstractos (el Sistema, la Burguesía) o figuras menores, remotas, caídas o difuntas?»

(G. Zaid, *La feria del progreso*).<sup>1</sup>



ANA PEYRÍ

**E**s la crítica una lectura privilegiada del texto? Convengamos en que, efectivamente, para criticar un texto es necesario, primero, leerlo. Afirmación de Pero Grullo, pero que en muchas ocasiones se elude. Ahora bien, cuando se sostiene que la crítica es una lectura privilegiada del texto, ¿qué se quiere decir exactamente? Más todavía: ¿Existe, de verdad, una lectura que pueda catalogarse de esta manera y que, además, reclame para sí dicho modo de forma exclusiva y excluyente?

El Diccionario de la RAE sostiene que *privilegiada* deriva de *privilegiar*, y este verbo, de *privilegio*. Significa: «exención de una obligación o ventaja exclusiva o especial que goza alguien por concesión de un ser superior o por determinada circunstancia propia». Al hilo de esta definición, no cabe sino preguntarse: ¿quién es ese ser superior que concede al crítico el don de tener lecturas privilegiadas? Y segundo: ¿quién, con dos dedos de sindéresis en la frente, puede reclamar para sí el laurel de lector-crítico privilegiado?

¿Se dice privilegiada porque dicha lectura constituye el *sursum corda* del conocimiento, porque disfruta y comprende más y mejor que nadie un texto? Yo, lo pongo en duda. Porque, en tal caso, ¿cómo es posible que una persona, que dice gozar con una novela más que

con su amante, escriba, a continuación, unas críticas que espantan incluso a los propios críticos? Se me reprochará que leer es una cosa y contar lo que se ha leído otra. Así es. Por eso mismo, repárese en que la lectura es todo un proceso que empieza y termina en uno mismo, mientras que la crítica se reduce a un acto; un acto deliberadamente obscuro, protagonizado por un sujeto que interpreta y sale a actuar en el escenario público de una revista, de un periódico, de un medio. El crítico no realiza una lectura autónoma. La finalidad de su lectura no está ni en el texto que lee, ni en él mismo, sino en el posterior comentario que hará sobre aquélla.

El hecho de presentar al crítico como lector privilegiado nos lleva a constatar, por contraste, la existencia de otro tipo de lector, no privilegiado, se supone. Y sin mucho esfuerzo mental se observa que la mayoría de las personas, sobre todo las que pertenecen al mundo infantil y juvenil, forman parte de este tipo de club de lectores. Parece necesario, por tanto, tener en cuenta la existencia de un sector mayoritario que es incapaz de hacer lecturas privilegiadas de los libros.

Mientras que otro, muy minoritario, goza del privilegio de acceder a los secretos incommensurables de los textos. La misma existencia de la crítica, sea privilegiada o no, lo único que corroboraría es el distanciamiento, cada vez mayor, existente entre mayorías y minorías culturales. Es decir, nada nuevo bajo el sol.

### El lector no privilegiado

También llamado lector ingenuo, eternamente feliz, que no se entera de las íntimas y sutiles revelaciones que hay en los textos. Es un lector *facilongo* de llevar al huerto de la lectura, pues cualquier cotufa narrativa lo pone en tensión y halla en la promesa lectora una recompensa tan gorda como la sal, cifrada en el argumento, en las peripecias del héroe y en el final catártico de la palabra *fin*.

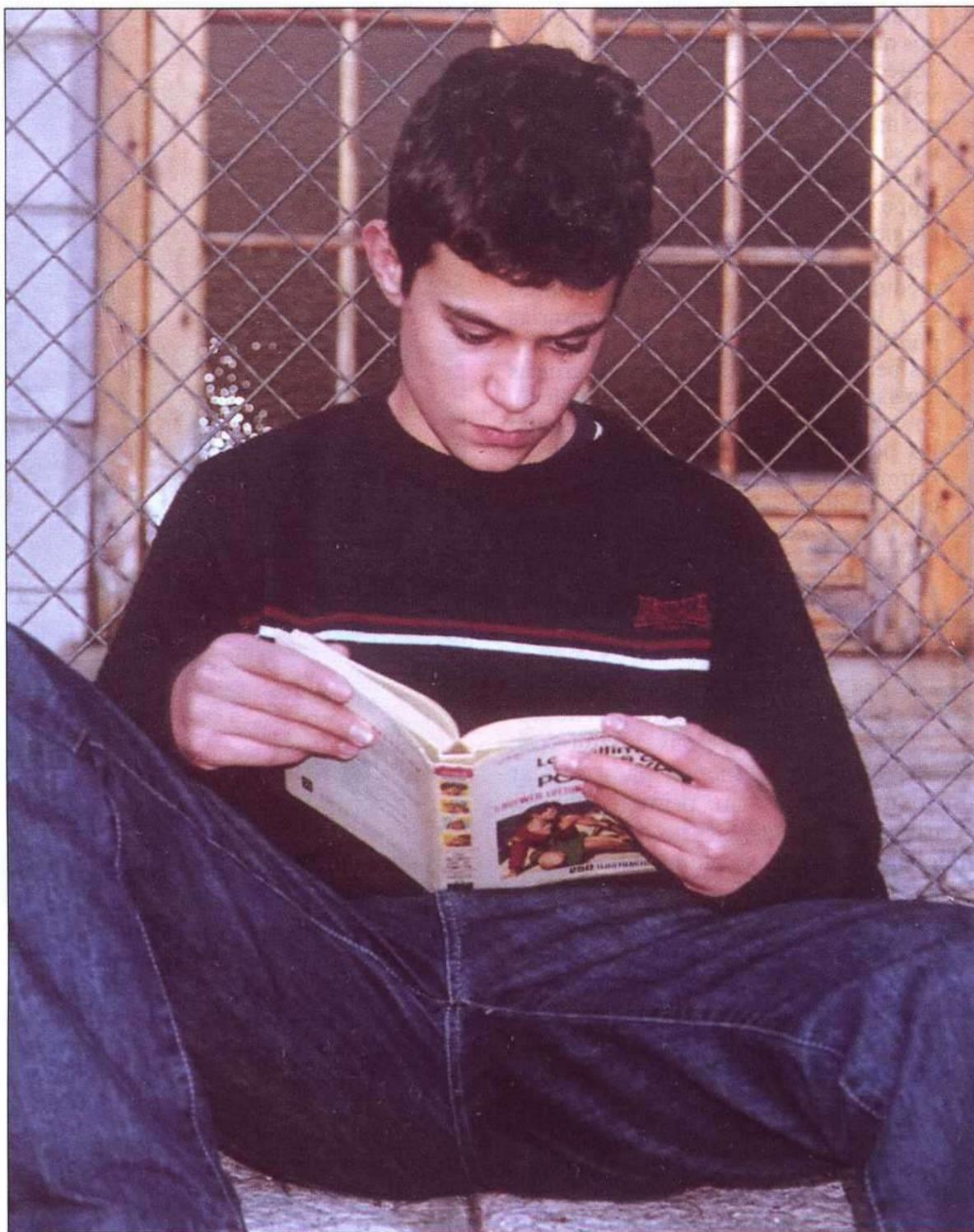
Éste es un lector primitivo. Su lectura no es en modo alguno crítica y, menos aún, privilegiada; bueno, es privilegiadamente superficial, como su mirada. Pero no debe preocuparse porque a su lado está el lector privilegiado que le hará paladear, aunque ello le cueste una

embolia, las profundidades éticas y filosóficas que se hallan en las redes subterráneas del texto.

## El lector privilegiado

Su hipotético placer se encuentra en el polo opuesto al del lector ingenuo. Sabe tanto, conoce tanto, ha leído tanto que no se fía nada de lo que lee. Está caracterizado por una voluntad tenaz y obsesiva por descubrir en lo que lee saberes ocultos, sólo inteligibles para gentes como él. Rechaza todo carácter primario lector y la espontaneidad le parece un insulto. Este lector, atormentado y paranoico, asalta el texto con toda la artillería de sus conocimientos, las más de las veces aprendidos en otros libros. Detrás de lo que lee busca la piedra filosofal de la comprensión universal. Para él, los textos son tejidos tupidos, madreselvas sintagmáticas e ideológicas que es preciso desvelar de forma intertextual. Mantiene ante el libro la misma actitud que un detective ante un caso criminal.

Lo peor de esta situación es que los lectores paranoicos no dejan en paz a los supuestamente ingenuos. De tal modo, que la llamada crítica textual —dominada por lectores paranoicos— ha convertido la lectura en un tormento malayo. Acceder de forma libre y desenfadada a los textos se considera un insulto. La persona, que lea sin este tipo de anteojeras, será tachada de ignorante, de infantil y superficial. Que un niño tome un libro, el que quiera, y lo lea sin la mediación del adulto de turno, padre y profesor, es intolerable, porque los niños son tan cortos mentales que necesitan que se los conduzca al sanctasanctórum del texto. Por tanto, se impone la presencia de los mediadores, sean intérpretes, comentaristas y profesores para que todos accedan agarrados de la mano al reino celestial de la comprensión y el disfrute textual. Pero se olvida señalar que estos críticos median tanto que, finalmente, convierten al sujeto en un medio... para satisfacer las veleidades teleológicas del que media. El lector será calificado de buen lector en la medida en que sus hallazgos sean los mismos que encuentre el crítico privilegiado (sea profesor o crítico profesional).



ARCHIVO.

Curiosamente, la misma distinción que se establece entre lectores podría hacerse en relación con los críticos; advirtiéndose que en crítica no hay corrientes, porque, quizá, no hay crítica sino críticos... tantos como puedan sostener económicamente los suplementos y revistas existentes.

## El crítico ingenuo

Es producto de todas las variedades y residuos que han ido dejando tras de sí

las dos corrientes críticas más importantes de los siglos XIX y XX: el idealismo y el materialismo. El crítico ingenuo hace sociologismo y su cometido parece ser el de depurar todo tipo de textos mediante el filtro de la ideología. Al crítico ingenuo le gusta clasificar novelas, ponerlas correctamente en la biblioteca y proclamar sin rubor alguno que estos libros sirven para la paz, éstos para la tolerancia y el sentido ecológico, aquéllos para reflexionar sobre la crisis de valores, los de más acá para formar éticamente al individuo, y los de acullá para

educar sexualmente, o son el feminismo pensante. Paradójicamente, ninguno sirve para leerlo sin más. El libro se convierte así en un instrumento de colonización, quizás el más valioso, porque no se conocen otros medios más decorosos para perpetrarla.

Para el crítico ingenuo, los textos son reflejos, más o menos pálidos, de un estado de cosas. Para captar su mensaje es necesario remitirlo a una visión y situación generales de la cultura que, a su vez, exige un análisis riguroso de las coordenadas ideológicas y económicas dominantes. Curiosamente, el crítico las posee y no tiene ningún reparo en refrotárselas al lector para que se dé cuenta de lo bien arropado que está con un sabio, erudito y, además, crítico.

El crítico ingenuo se siente a sus anchas analizando y comentando los argumentos de lo que lee, para, automáticamente, confrontarlos con el contexto o circunstancias generales de todo tipo. Pues sin este contexto, sin estas circunstancias, el texto no tiene sentido... Goza de tal importancia este contexto, que al final se conocen mejor las circunstancias exógenas del texto que el texto en sí mismo.

### El crítico paranoide

La crítica por excelencia, la buena, la privilegiada, debe olvidarse de autores, de novelas familiares, de grandes temas de la literatura universal, de coordenadas espacio-temporales, de miserias y servidumbres a la tradición o a la época. Lo decisivo es colocarse de forma seria y circunspecta ante el texto y bucear en él para dar con el Santo Esquema Estructurante, algo así como la Unidad Fundamental del Texto, para que el lector, nada más abrir la página, pueda contemplar en toda su esplendente desnudez el misterio de los misterios del texto: el *terrorema textual*, que dijera Todorov, antiguo practicante del mismo.

Hasta aquí la descripción maniquea e irónica de dos tipos de lectores y de críticos. Ello nos conduce a plantear la pregunta del inicio de estas páginas: cuando hablamos de la crítica como lectura privilegiada, ¿a qué crítica nos referimos, a la formulada por un crítico inge-



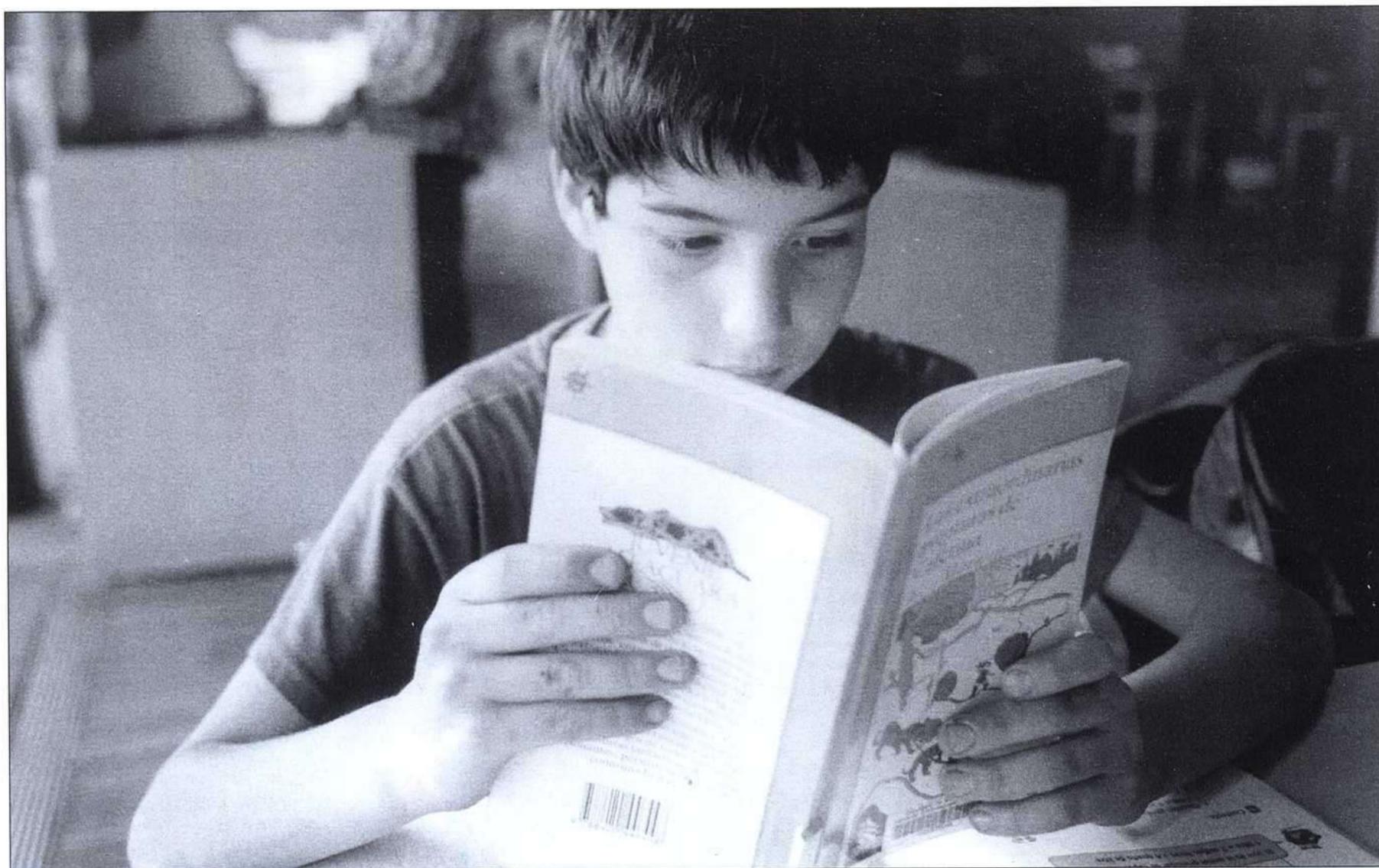
ANA PEYRÍ.

nuo o a la de un crítico paranoide? ¿O a ninguna de las dos?

En mi opinión, el crítico, cualquier crítico, no comprende ni disfruta mejor el texto que el resto de los mortales. Posiblemente, el crítico puede que realice más interpretaciones de un texto, con lo cual, quizás, pierde la razón primera de la lectura, que es pasárselo bien (o, al menos, eso se dice). Se me argumentará que el crítico se lo pasa muy bien lucubrando interpretaciones. No lo niego. Pero estoy convencido de que el placer del crítico, su verdadero placer, no está

en la lectura misma, sino en la elaboración de esas interpretaciones que hace del texto leído. Y mucho más, cuando el resto de la camada crítica lo entroniza en la sociedad literaria con el membrete de crítico profesional. Entonces alcanza el «orgasmo testicular». No es de extrañar que a estos críticos Steinbeck los llamara «eunucos de la literatura».

Por lo dicho, yo creo que la mayoría de los críticos son el peor ejemplo que puede ponerse como modelo de lector a imitar. Pues los críticos rara vez leen. Lo que hacen es censar, clasificar y tasar.



ANA PEYRÉ

Aunque reconozco que su lectura-crítica puede ser tan legítima y tan privilegiada como lo pueda ser la de un fontanero.

La crítica no mejora nada. Ni la paranoide, ni la ingenua. Ni la llamada impropriadamente destructiva ni constructiva. No mejora la literatura, ni, curiosamente, al mismo crítico. La gente dice que la crítica influye, pero nadie que se sepa ha investigado si tal influencia existe. Habría que saber quién es el lector anónimo, por qué lee, cómo llega a leer lo que lee, y, claro, qué efecto tiene en él la lectura. La influencia de la crítica, como la de la lectura, se convierte así en un acto de fe: creer o no creer.

### ¿La crítica como formación del gusto lector?

Como hipótesis de trabajo puede que valga la formulación, pero como dogma deja mucho que desear. La crítica, sobre

todo si la hace un paranoide, lo que hace es deformar y desalentar. Y menos mal que quien ha hecho de la lectura un culto de latría en su vida no necesita para nada a los críticos, ni a la crítica. Lee al margen de ellos. La crítica la leen quienes están interesados en el circuito mercantil del libro: autores, editores, bibliotecarios, agentes literarios y críticos. Es decir, sujetos que viven la lectura con un grado de insularidad económica sobresaliente. Pues todos ellos dependen económicamente de ella. Y el dinero, a pesar de que nada se dice de él, es en el fondo más superficial el gran protagonista de esta historia.

La crítica existente es desalentadora. No invita a leer, sino, más bien, todo lo contrario. No ilumina, sino que deslumbra. No aconseja, sino que apabulla. Iba a añadir «deforma», pero, bastante deformación llevamos ya en el cuerpo después de pasar por la universidad. Tal y como reseñan, los críticos lo que buscan

no es la formación del gusto lector, sino su anulación, ya que, excepto el del crítico, no está ni bien formado, ni estructurado. Podría llenar un montón de páginas con insultos que los críticos dedican, directa e indirectamente, a los lectores... que no son como ellos.

Diríase que vivimos en una época donde la celebración entusiasta de lo secundario se ha convertido en una nota definitoria de la cultura. Cuando se edita un libro, no se celebra su aparición, sino lo mucho que alguien sabe decir sobre dicho texto. Un ávido deseo de interposición, de mediación explicativo-valorativa abunda entre nosotros. Citando la burlona distinción de Byron, se prefiere a los críticos a los bardos; o, más bien, se cultivan los bardos que son más reseñables, los que «pueden ser enseñados».

El ensayista Steiner describe muy afortunadamente esta situación de la que no se libra nadie, ni siquiera quienes son

conscientes de ella: «Buscamos las inmunidades de lo indirecto. En la mediación del crítico, el reseñador o el mandarín académico, damos la bienvenida a quienes son capaces de domesticar, a quienes pueden secularizar el misterio y las llamadas de la creación. En los mundos del discurso interpretativo y crítico, el libro, como hemos visto, engendra el libro, el ensayo genera el ensayo, el artículo produce el artículo. Abunda la crítica, la metacrítica, la diacrítica y la crítica de la crítica. El crítico y el reseñador de un periódico o una revista son los intermediarios, los revendedores, los que mantienen la saludable distancia entre, por un lado, las pretensiones y las subversiones anárquicas y contrautilitarias de lo estético y, por otro, las prudentes liberalidades de la imaginación cívica. La intermediación desactiva la máquina infernal de la mirada interrogadora y el misterio. Gracias a la distancia creada por la reseña literaria o la crítica de la obra, el protector de las artes puede proteger (ser)». <sup>2</sup>

A lo indicado por Steiner se podrían añadir los modos y las maneras que tienen los críticos de hacer llegar al hipotético lector el fruto depurado de sus lecturas privilegiadas.

Y así se constata que hay gente que, con unas cuantas frases, más o menos aderezadas con ironía y ambigüedad, pretenden hacernos ver lo blanco como negro o gris. Se atreven a sacar conclusiones generales a partir de mínimos hechos concretos, saltándose los requisitos de lo que ellos mismos llaman con pedantería teoría de la ciencia literaria.

Conviene saber que el medio periodístico obliga, más que en otros casos, a medir bien las palabras, a no dar saltos en el vacío arrancando intentos hermenéuticos y arribando en consideraciones globales y trascendentes.

Lamentablemente, los rasgos negativos de un determinado tipo de crítica no son privativos de una persona en particular, sino que representan estilos que permiten establecer la idea de que pertenecen a una misma escuela, de manera que todo ello va creando estereotipos, frases hechas, lugares comunes, tópicos. Abunda un retoricismo vacuo, inflado y pedantorro. Cualquier afirmación crítica raya en lo absoluto y en la exclusión.

Para alabar a un autor se denigra a veinticinco. La crítica no es mediación entre el libro y el lector, sino entre una casa editorial y posibles compradores.

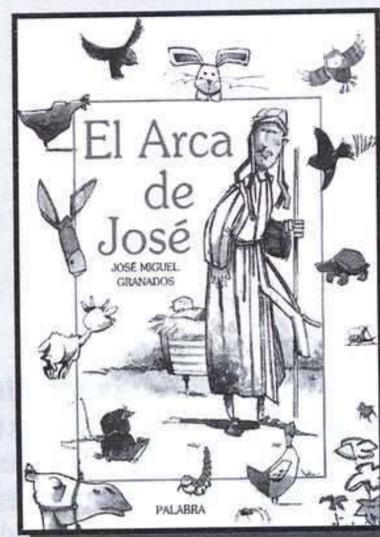
Ante esta situación, ¿qué hacer? El dramaturgo anglo-irlandés George Bernard Shaw solía decir que la guerra es un asunto demasiado serio para dejarlo en manos de los generales. Lo mismo podríamos decir de la literatura, y sobre todo en su dimensión reflexiva, analítica, crítica: es materia demasiado importante y delicada para que la abandonemos a los críticos académicos. Esto es especialmente cierto hoy, ya que hemos entrado en una etapa en que los críticos, sean militantes o académicos, si tal distinción puede hacerse hoy, han caído en un lamentable uso de enfoques, más que técnicos, impresionistas y con tal terminología que han dejado de comunicarse con el público general de lectores y solamente escriben para compradores, no lectores.

Sánchez Ferlosio lo exponía con más acritud: «He sentido una cierta desazón ante lo que los literatos han dicho de la novela *Volverás a Región*, de Juan Benet, en el veinticincoavo (*sic*) aniversario de su publicación. Se conoce que los centenarios y los aniversarios son malos consejeros y resultan perniciosos para las cabezas, pues estimulan sus viciosas inercias clasificatorias. Se diría que no leen como escritores, sino como críticos o, peor todavía, como profesores [...] asignatureros. Una asignatura es el resultado del tratamiento burocrático de un saber o de un acervo cultural —en este caso un conjunto de obras literarias—. El primer mandamiento burocrático es clasificatorio: un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio: dórico, jónico, corintio. La cualidad de una obra literaria es sustituida por su valor de oposición, o mejor, por valores de posición atribuidos a semejanza de la latitud y la longitud, en una más o menos arbitrariamente convenida retícula clasificatoria. Y así se ha comportado como si el contenido de *Volverás a Región* no consistiese en otra cosa más que en la información necesaria para saber dónde hay que colocar el libro en la biblioteca». <sup>3</sup>

¿Es posible, por tanto, plantearse siquiera la crítica como formación del gusto lector? Mi respuesta es que no. Pe-

## RECOMENDAMOS

### para niños. Libros de regalo

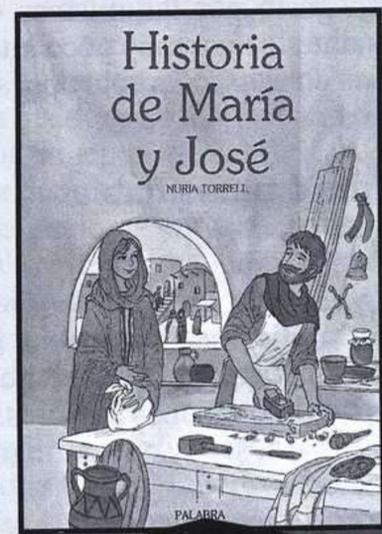


#### EL ARCA DE JOSÉ

JOSÉ MIGUEL GRANADOS

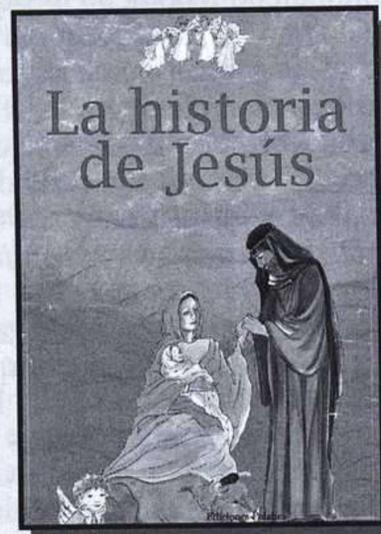
Poesías sencillas y cautivadoras, especialmente pensadas para niños, con un lenguaje ameno y divertido y deliciosas ilustraciones

#### HISTORIA DE MARÍA Y JOSÉ



NURIA TORRELL

#### LA HISTORIA DE JESÚS



Un vibrante relato de María y José y una recreación plástica y emocionante de la época del nacimiento de Jesús

#### Ediciones Palabra, S.A.

Pº. de la Castellana, 210. 28046 MADRID.  
91350 77 39 y 91350 77 20 - Fax: 91359 02 30  
e-mail: comercial@edicionespalabra.es  
www.edicionespalabra.es

ro, como lenitivo a mi contundente negación, no estaría de más reflexionar en estas palabras de Eliot: «El desarrollo del gusto genuino, fundado en sentimientos genuinos, está inextricablemente ligado al desarrollo de la personalidad y el carácter. Un gusto genuino es siempre un gusto imperfecto; pero, de hecho, todos somos imperfectos; el hombre cuyo gusto en poesía no ostenta el sello de su particular personalidad —esto es, cuando se dan afinidades y diferencias entre lo que le gusta a él y lo que nos gusta a nosotros, así como diferencias en nuestro gusto por las mismas cosas— será un interlocutor muy poco interesante para una conversación sobre poesía».<sup>4</sup>

## ¿Y si dejáramos hablar a los niños?

«Hoy, cuando todo el mundo escribe para los niños, sería una buena idea hacer, por una vez, un libro escrito por los niños para las personas mayores. Pero la cosa es difícil, si hay que permanecer en el carácter.»<sup>5</sup>

Si la crítica en general está hecha unos zorros, ¿qué podrá decirse de la dedicada a la literatura infantil y juvenil? En principio, poca cosa. Lo cual es un consuelo. Porque, dicha crítica no existe, y, por tanto, dicho fenómeno ni siquiera se percibe como tal en el campo o erial de la cultura. Por poner un ejemplo rocambolesco, en el suplemento de *ABC cultural*, con fecha de 5 de octubre de 2002, en la sección infantil y juvenil de los libros más vendidos figuraba *1.000 recetas de cocina* y la novela, *Los pilares de la tierra*.

De lo que he podido investigar sobre este aspecto, puedo asegurar que muchas de estas reseñas presentan las mismas carencias y virtudes que las indagadas en la crítica general. Con un añadido: que el destinatario de dichas reseñas no es el lector real, sino sus mediadores, padres y profesores. Lo cual complica mucho más la cuestión, ya que ni padres ni profesores, ni adultos en general, dedican su tiempo a leer, y menos aún a leer críticas sobre libros. Y así, el amable reproche que nos endilga Gosciny en *El pequeño Nicolás* puede hacerse extensible a todas las personas que

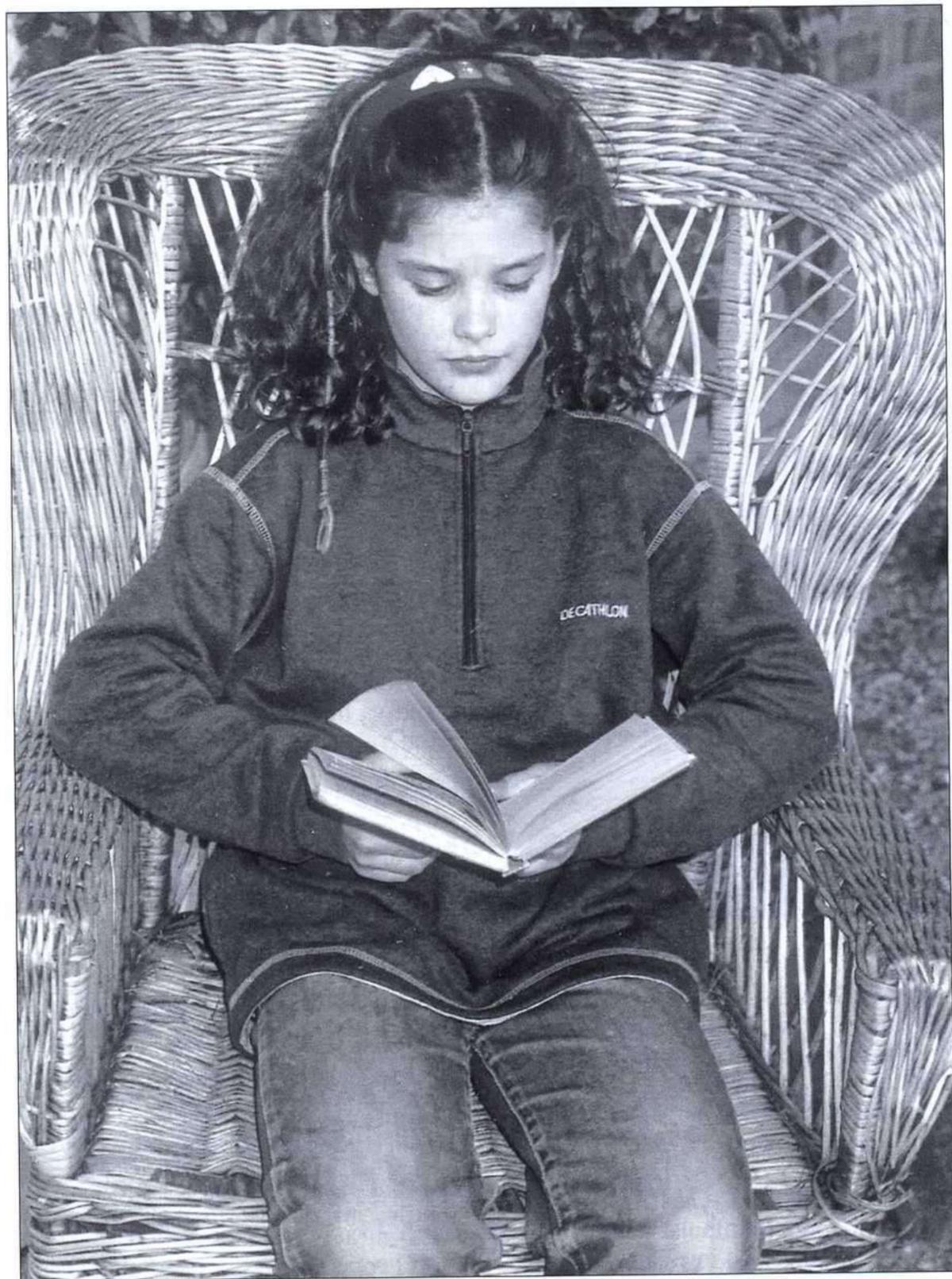


ANA PEYRÍ.

mantienen ciertas relaciones educativas con los niños. Todos somos, en este aspecto, como tía Pulqueria: «Cogí un libro y empecé a leer; era estupendo, con ilustraciones por todas partes y hablaba de un osito que se perdía en un bosque donde había cazadores. A mí me gustan más las historias de vaqueros, pero tía Pulqueria en todos mis cumpleaños, me regala libros llenos de ositos, de conejitos, de gatitos, de toda clase de animalitos.

A la tía Pulqueria le debe gustar eso» (*El pequeño Nicolás*).

La verdad es que no tengo muy claro por qué tiene que existir una crítica literaria hecha por adultos para niños, cuando éstos no son sus reales destinatarios. Es algo que me parece absurdo y contradictorio. En mi opinión, lo que debería existir son reseñas hechas por niños a los adultos que tienen el gusto de escribir libros para ellos. Y no me importa en



ARCHIVO.

absoluto que sus reseñas estén mal escritas, con faltas de ortografía, con claras muestras de no haber entendido el profundo mensaje de sus páginas, pero capaces de decir lisa y llanamente: «este libro es un aburrimiento»; «este libro es un plomo»; «este libro no me ha gustado nada»; «éste es un libro divertidísimo». ¿Para qué queremos más juicios analíticos y sintéticos *a priori* o *a posteriori*? El escritor no necesita saber más

de sus lectores. Más aún: eso es lo que necesita de verdad el escritor, que el público al que se dirija le diga claramente: «Tu libro es un tostón; es una mierda». Y no solamente poderlo decir así, sino encontrar un cauce, un canal público para hacerlo llegar al respetable.

Si este sistema se llevase adelante, muchas plumas infantiles acabarían por cortársela —la pluma— de cuajo, porque se darían cuenta de que no valen pa-

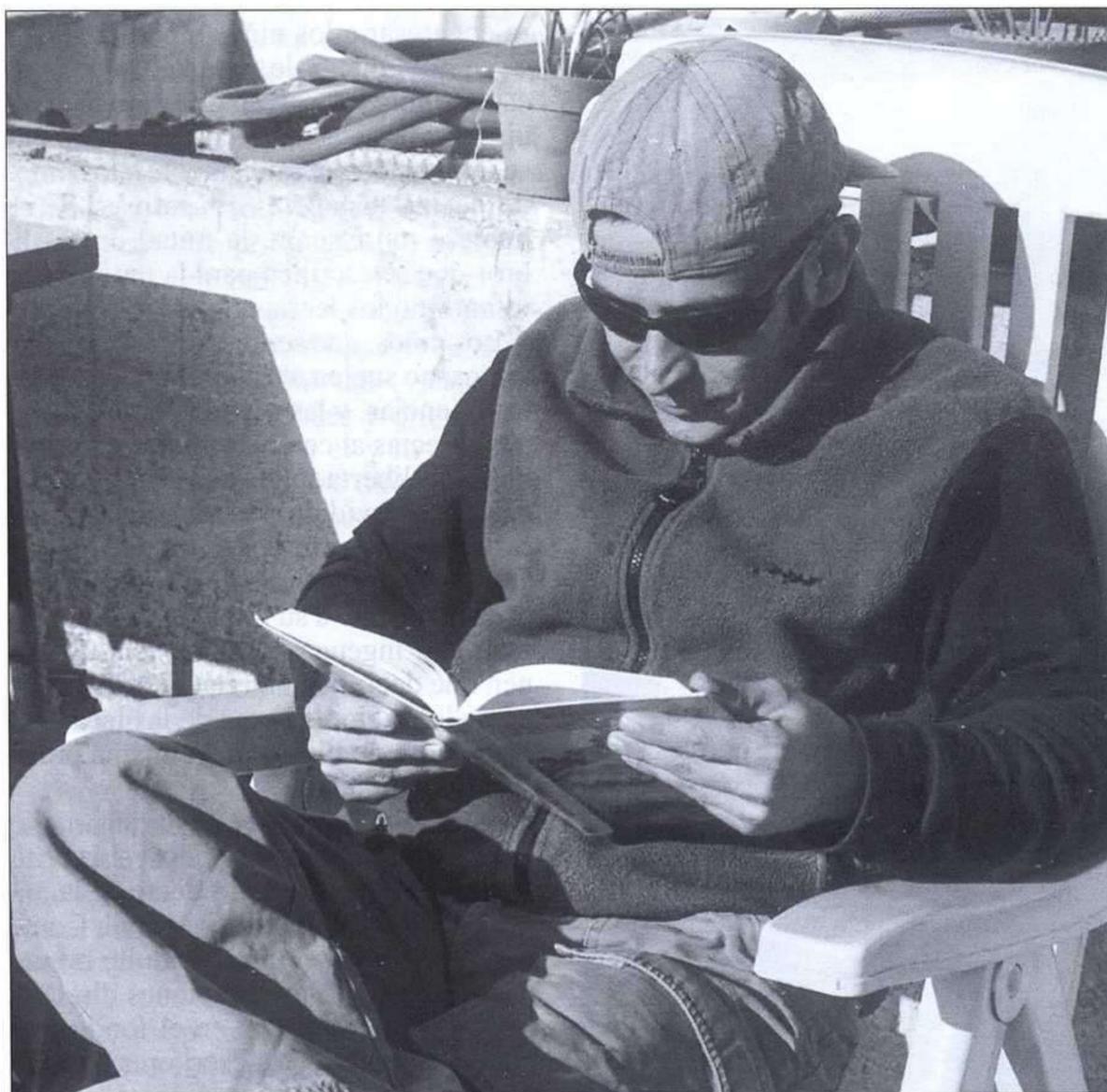
ra engatusar a los niños y adolescentes. Y es que, dicho de pasada, muchos de estos autores se salvan de la quema gracias a la llamada motivación lectora que se impone democráticamente a los niños desde las instancias educativas. Si no hubiese motivación, la mitad de los libros que se escriben para la mocharrina infantil no los leería ni el propio autor.

Los niños, que serán bajitos y también tontos, no suelen, en cambio, tener pelos en las encías, y las sueltan como les vienen directas al cerebelo. Y para más gozo de su libertad de expresión no padecen las servidumbres del amiguismo rastrero existente en el mundo de los adultos. Si tienen que decir que un relato es un insulto a su inteligencia, lo plasman con ingenua contundencia. Si tienen que decir que un relato les ha hecho pasar las mejores horas de las tardes de noviembre, lo dirán con la misma precisión y sinceridad.

Nunca los escritores estarían mejor protegidos y mejor valorados, si la crítica de sus textos fuera producto de la mirada inquisitiva infantil y juvenil. Como quiera que todo el mundo adulto no tiene en cuenta sus apreciaciones directas, habrá que pensar que, en el fondo más superficial, todos los escritores para niños las temen. Pues un niño sobre este particular no sabe todavía mentir. Aún no es capaz de imitarnos con exacta y cínica presunción.

La existencia de tanta mediación alrededor de la lectura, que tiene como destinatario al niño, ¿no revela en el fondo el gran miedo que tienen los adultos a dejar al niño solo ante el libro? ¿No revela mejor que cualquier discurso el temor a que accedan sin mediación alguna a la página? ¿El temor, en definitiva, a enfrentarse a la verdad del niño que proclama que el escritor, como el emperador, va en pelotas lexemáticas?

Recuerdo que ni en mi infancia ni en mi adolescencia mis profesores jamás me animaron a leer. La lectura se hacía, no se decía. La mayoría de mis compañeros de clase sabíamos quiénes eran Guillermo, Karl May, Salgari, Kipling, Doyle, Verne, Stevenson, Grey, Scott, Christie... Unos nombres que nunca oí en boca de mis profesores y que eran significantes habituales en nuestra conversación. Entre los compañeros funcio-



ARCHIVO.

naba a la perfección el método boca a boca lector: «Este libro es genial»; «Éste, en cambio, es un rollazo, pero, igual a ti te gusta». Era un gozo, porque, al menos en este aspecto, la mediación del adulto no existió nunca, tal vez porque ninguno de ellos leía ni una hoja de calendario. Y lo más importante: ninguno de aquellos autores a los que he hecho relación necesitaba ningún incentivo para que se le leyera. Bastaba con pronunciar sus nombres para saber que la promesa de la lectura gratificante estaba más que asegurada. Bienaventuranza que en la actualidad ningún autor parece satisfacer, ni es garantía de nada. Y es que ¿cuál de los escritores actuales, *mutatis mutandis*, es como Stevenson, Sargari, May, Conan Doyle, Grey y Verne?

En fin. Ya hemos llegado a ser mayores y ¿qué hemos conseguido? Olvidar que fuimos niños, aunque muchos sigan dando la aceitosa palmada con la cursi-

lada ésa de que llevan en el bazo al niño que fueron. Cada cual es muy esclavo de engañarse con estas soflamas sentimentales, pero el caso es que el adulto recupera la infancia mediante la racionalización de lo vivido. Y así, desde la memoria del olvido, se ha conseguido racionalizarlo todo. Clasificarlo todo. Regularlo todo. Manipularlo todo. No se evoca la infancia, se invoca para justificar el propio presente, que es mecanismo nostálgico bien diferente.

En fin. Tampoco me hago muchas ilusiones si intentamos reconvertir a los niños y adolescentes en críticos o, mejor dicho, en reseñadores de lo que escriben los adultos. Con toda probabilidad, es decir, seguro que los adultos caeremos en la trampa de valorar sus reseñas en la medida en que se parezcan al modo que tenemos nosotros de concebir la crítica, sea privilegiada, paranoica o ingenua. Igual da. Pues partimos del presupuesto

de que los niños por no tener, no tienen ni gusto, ni idea buena. Pero ahí estamos los adultos para hacerlos a nuestra imagen y semejanza, obligándolos a mirarse en el espejo de sus mayores que, como es sabido, lo tenemos todo formado y, además, nuestro gusto es exquisito. Ya.

La verdad es que desear que los niños y adolescentes se conviertan en críticos mostraría que la actitud hacia ellos tampoco sería muy caritativa. Primero, porque las lecturas que llevasen a cabo estarían, en última instancia, determinadas fatalmente por esa finalidad: reseñar. Segundo, porque la lectura dejaría de lado su verdadera razón esencial: pasárselo bien. Tercero, porque, dado nuestro envidiable profesionalismo, convertiríamos este trabajo de los alumnos en verdaderos pozos de sabiduría torturante. Al final, el alumnado dejaría gustosamente de leer por evitarse la engorrosa tarea de comentar un texto. A no ser, y como ya he insinuado, que la crítica se redujera únicamente a decir lo más esencial del libro: «Es un tostón de libro. Una caca. Una gozada. Un placer».

¿Poco? Pero más que suficiente. Al fin y al cabo, ¿qué es lo que queda de los libros que vamos leyendo en esta vida?

\***Víctor Moreno** es profesor y escritor.

## Notas

1. Zaid, G., «Interrogaciones sobre la difusión del libro» en *La feria del progreso*, Madrid: Taurus, 1982.
2. Steiner, G., *Presencias reales. ¿Hay algo en lo que decimos?*, Barcelona: Destino, 1991.
3. Sánchez Ferlosio, R. «Región o el paisaje forajido» en el diario *El País*, 7 de enero de 1993.
4. Eliot, T. S., «Las fronteras de la crítica» en *Sobre poesía y poetas*, Barcelona: Icaria, 1992.
5. Lichtenberg, G. C., *Aforismos*, Barcelona: Edhasa, 1990.

## Bibliografía

- Lynch, E., *El merodeador. Tentativas sobre filosofía y literatura*, Barcelona: Anagrama, 1990.
- Moreno, V., *De brumas y de veras. La crítica literaria en los periódicos*, Pamplona: Pamiela, 1994.